

Solteros de verano

por
Madge Bellamy

Dwan, Alan



48

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
cbs



SOLTEROS DE VERANO
(SUMMER BACHELORS, 1926)

Rosa Pascual
[Signature]

BIBLIOTECA PERLA

SOLTEROS DE VERANO

MAGNÍFICA SUPERPRODUCCIÓN CINEMATográfica
RECREADA POR LOS CELEBRADOS ARTISTAS

MAGDE BELLAMY y
ALLÁN FORREST

VERSIÓN LITERARIA DE
IOAQUÍN ARQUES



EXCLUSIVA
HISPANO FOXFILMS, S. A. B.
CALLE VALENCIA, 380 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 204 - BARCELONA

CON TODO RESPETO...

A mi buen amigo J. Pérez de Lafuente,
activo director de la popular Revista
EL CINE, en prueba de mi gran esti-
mación y de lo poco que valgo.

Joaquín Arques

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104; BARCELONA :

PERSONAJES

Derry Thomas	<i>Magde Ballance</i>
Antonio Landor	<i>Allan Forrest</i>
Guillermina French	<i>Lelia Reams</i>
El profesor Blakely	<i>Mott Moore</i>
Bernardo Greenway	<i>Hale Hamilton</i>
Chepe Smith	<i>Charles Winninger</i>
La señora de Smith	<i>Olve Tell</i>
Martin Col	<i>Clifford Holland</i>
Fernando Rocas	<i>Walter Cutlett</i>



SOLTEROS DE VERANO

Preámbulo... cortito

Deseamos que nuestros lectores entren de lleno en el complicado asunto de esta obra, y por esta razón nos disponemos a darles cuantas explicaciones creamos prudentes para el caso.

Solteros de verano es precisamente el título que mejor enadra al enredo del libro; pero no se trata de solteros que usan telas ligeras y hasta se presentan en mangas de camisa para combatir el calor.

Nada de eso.

No son tampoco solteros que se van a veranear por bosques y playas, también con el propósito firme de sudar menos durante algunos meses.

Los *solteros de verano* de nuestro libro no son solteros. Son casados y muy bien casados.

Estos son los muchos señores a quienes sus esposas dejan en la población en que acostumbran vivir, para pasar ellas la temporada veraniega en playas y balnearios de moda.

Los casados, entonces, hacen la vida de solteros por algún tiempo, y de aquí el nombre con que se les califica.

El soltero de verano es una variedad bien definida del esposo mal correspondido, que busca con afán lo *comprender* durante las vacaciones de su mujer.

La mayor parte de estos al parecer felices mortales se creen libres de hacer lo que les dé la gana porque sus mujeres están lejos, y les dan la libertad que éstos ansían por parte de invierno... y echan las canas al aire, no una a una, sino a puñados, con fiebre de placer, con fiebre de engañar a sus mujeres, porque eso *viste* mucho y da cierto *carácter* entre el sexo fuerte de cabeza floja.

¿No podría ocurrir que pensaran las esposas lo mismo que ellos?

Entonces, obrando unas y otros de la misma manera, se acabaría indiscutiblemente por llegar a las catástrofes conyugales y... ¡adiós tranquilidad! ¡adiós, felicidad!

No piensan estos hombres en que hay también solteras de verano, que son sus propias esposas, y que lo mismo que ellos pueden tener deseos de libertad... y la libertad en la mujer...

Pero no sigamos divagando.

Empecemos el libro y quizá más adelante publiquemos otro, titulado *Mujeres de verano*.

Ahora, sólo de estos solteros especiales vamos a tratar.





CAPÍTULO PRIMERO

En Nueva York siempre quedaban durante el verano una nutrida colección de solteras *verdad*, dispuestas a comprender a los maridos vacantes; y la Quinta Avenida era el punto favorito de reunión, a eso de medio día.

Allí acudían las solteras modernas, que, gustosas, se especializaban en comprender a los solteros de verano, a esos a quienes sus mujeres abandonaban, contriadas, buscando en las aristocráticas playas un lenitivo al calor.

En uno de los más amplios establecimientos de modas de la mencionada Avenida, una linda joven se contemplaba en el espejo, plegando a la vez sobre su cuerpo diferentes trozos de telas.

Llamábase Derry Thomas, y en las dificultades que encontraba para elegir el corte de vestido se



Derry en la más completa intimidad

adivinaba que no nada en la abundancia ni muchísimo menos.

Muy distraída se hallaba con la tarea que se había impuesto aquella mañana, y así fué que no advirtió la presencia de un caballero, elegantemente vestido, que la contemplaba embebado.

Antonio Landor, que este era el caballero, escuchó de labios de la joven sólo una exclamación:

— ¡Oh, no!

Y al mismo tiempo dejó la preciosa tela que tenía

en sus manos, tomando otra de bastante menos valor.

Laudor se acercó lentamente y dijo como la cosa más natural del mundo :

— ¿Y por qué no ha de ser la tela que ha dejado?

Derry miró al entrometido y contestó sin inmutarse con otra pregunta :

— ¿Es usted modista?

— No, señorita. Pero siendo el arte.

— Yo también siendo no poder comprar este vestido.

— Pues le aseguro que esa tela parece que la han fabricado expresamente para usted.

— Puede que sea lo que usted dice ; pero no han tenido en cuenta *fabricar* también un precio que yo pueda con él.

— Sí que es de lamentar — manifestó Laudor.

Y llamando a la encargada de aquella sección le dijo que cortara de aquella pieza lo suficiente para un vestido.

Derry pensó : — ¿Para quién será eso?

Y Antonio pensó a su vez : — A ver si me toma por un fresco.

— ¿Es usted muy susceptible, señorita? — le preguntó Antonio a la compradora, presentándole la caja donde la empleada había colocado el corte del vestido.

— ¿Pero es que me hace usted un regalo?

— No sé. Mi sentimiento artístico me dice que los dioses destinaban esto para usted.

— Y mi sentimiento suspicaz me dice que en su oferta debe haber alguna intención oculta.

— Yo le juro que mi desinterés no tiene igual.

— Entonces admito el envío de los dioses, sin compromiso de ninguna especie por parte mía.

— Sin compromiso, señorita.

En este momento se volvió a presentar la empleada, a quien Laudor le firmó un cheque y se lo entregó.

— Gracias, señor Laudor. El completo del pedido de la señora Laudor lo haremos ahora y se lo mandaremos esta tarde, antes de que tome el tren.

No sabemos si la encargada de la sección diría aquello para abrir los ojos de la compradora, o para desahogar su envidia en ella, porque las mujeres son así ; pero es el caso que Derry comprendió lo bien dirigido que iba el tiro y dudó algunos momentos.

Antonio la miraba tranquilo, como si la quisiera animar a que se resolviera en su favor.

Y así fué.

La muchacha tomó cariñosamente la caja, y haciendo un movimiento de hombros exclamó :

— Debo tener hoy dormida la conciencia, caballero... pero acepto la ofrenda. ¡Al fin viene de muy alto y fio en la nobleza de los dioses!

— Mi palabra de honor, que si la llevo a ver otra vez no la hablaré, ni siquiera la reconoceré.

— Eso es lo que se llama *caballería andante* — dijo la joven, soltando el trapo a reír.

— Sentiría ser objeto de sus burlas, cuando sólo me guía en estos momentos un delicado espíritu de nobleza.

Yo no lo veo así. ¿Qué quiere usted que le diga. Pero como ya he aceptado su ofrecimiento no se hable más del asunto. Gracias, y aquí termina la aventurilla.

Y diciendo esto saludó, sin dejar de reír, desapareciendo en el salón inmediato con la caja debajo del brazo.

Al día siguiente se veía la Estación Central llena de maridos que iban a despedir a sus esposas, procurando disimular el buen efecto que esto les producía con una máscara de estúpida tristeza.

Y había hasta alguna dama que se disponía a suspender el viaje sólo por la cara que ponía el muy hipócrita.

Pero como esto hubiera sido una verdadera contrariedad, seguía fingiendo admirablemente y aseguraba que sentía un gran placer ante el sacrificio de separarse de su cara mitad.

¡Los hay tremendos!



Los dioses han destinado este traje para usted

Después de la salida del tren era materialmente imposible poder telefonear, pues había cola en todos los aparatos del establecimiento.

Nosotros seguiremos únicamente a uno de estos *solteros de verano*, llamado Bernardo Greenway. Este fué de los primeros en dar sus disposiciones por teléfono.

Sin ser indiscretos podemos oír perfectamente la conferencia.

— ¡Hola, Guillermina! ¿Cómo está la actriz más popular de Nueva York?

— ¿He de suponer que soy yo?

— Naturalmente.

— Pues esta actriz esperaba las órdenes del más galante de los hombres.

— Que soy yo, ¿verdad?

— No, pero como esas órdenes no vienen, y a mí me carga mucho esperar, estoy a tu disposición.

— Mil gracias, Guillermina. Y ahora otro favor.

— Habla.

— No soy yo solo.

— ¿Y bien?...

— Somos dos: mi primo y yo.

— ¿V quién es tu primo?

— El profesor Blakely, el cual necesita alegrarse un poco.

— Perfectamente.

— ¿Por qué no invitas a Derry?

— Derry no quiere nada con el sexo feo.

— ¡Demonio! ¿V por qué causa?

— Otra hermana suya acaba de divorciarse, y está más escéptica que nunca.

— Sin embargo, dile algo; prueba, a ver...

— Espera un momento.

Y como Guillermina y Derry vivían juntas no tardaron en ponerse al habla.

— Escucha, Derry — le dijo su amiga, sin levantarse del lecho, que es desde donde sostenía la conferencia telefónica. — Estoy hablando con Bernardo

Greenway, el cual creo que tiene el propósito de invitarnos a cenar esta noche. ¿Qué te parece?

— No me parece mal del todo. Bernardo es un buen chico.

— Es que no va solo.

— ¿Quién es el otro?

— Un primo suyo. Un hombre de ciencia, que está medio muerto y a quien nosotras tenemos que resucitar proporcionándole la alegría que necesita.

Derry pensó que aquella era una magnífica ocasión para lucir su nuevo traje, y con gran alegría le dijo a su amiga que podían contar con ella.

Total, que una vez resuelto el asunto, fué únicamente cuestión de horas para que los dos solteros de verano dieran su pascito en auto con sus dos lindas amigas, Guillermina y Derry.





CAPÍTULO SEGUNDO

No era la hora de cenar y las dos parejas decidieron tomar el fresco oxigenándose a su modo en las afueras de la gran población.

Derry, junto a Bernardo, hablaba con la confianza de antiguos camaradas y reía como una loca, recordándole a su buena esposa y sus deberes como casado honesto.

Pero los que ocupaban el asiento de la espalda apenas si cambiaban una frase.

Guillermina ya empezaba a molestarse.

— Profesor: aun no he oído su voz. Dígame algo para que la conozca.

En este momento pasó el auto frente a un monumento, y el aludido exclamó:

— La tumba del general Grand.

— ¡Caramba!... me ha puesto usted la carne de gallina.

— ¿No le agradan a usted los recuerdos de la historia antigua?

Me gustan más las cosas modernas.

La ciencia viene de los tiempos más remotos.

— No lo dudo; pero como yo de ciencia entiendo muy poco.

— Ni lo necesita. Con su especial belleza, con su alegría tiene bastante.

— ¿Ve usted? Eso ya es decir algo agradable.

— Por algo se ha de empezar. Crea usted que en realidad me encuentro más animado... y hasta siento ganas de reír.

¿Y por qué no lo hace? No creo que espere a que le hagamos cosquillas.

— ¡No, por Dios! — exclamó Blakely, riendo de buena gana.

Y ya con la consiguiente animación continuaron el paseo hasta que se detuvo el coche a la puerta del restaurant *Recherché*.

* * *

En el centro del salón principal se veía una mesa enorme rodeada de espléndidos sillones, vacíos en su mayoría.

Sólo se hallaban sentados cuatro caballeros, cuatro *señoras*, que habrían sido *reyes* de tener a su lado las compañeras que esperaban hacía bastante rato.

Y se aburrían, se aburrían de un modo que daba lástima.

— Aquí tenéis al célebre organizador de fiestas de verano — dijo uno de los aburridos indicando al de más edad, Chepe Smith, marido alegre con esposa ausente.

— Otra vez será yo el encargado — manifestó Fernando Roche, otro viudo temporal. — Chepe está ya en baja.

— ¡En baja! Pues ya veréis lo que tardo en arreglar el asunto.

Y levantándose de la mesa salió al salón de espera, no sin haber dicho antes a sus amigos.

— Yo no tengo la culpa; y ahora voy a saber si las muchachas a quienes invité han ido a bañarse al canal de la Mancha. No tardaremos en saber si se han ahogado.

En el instante en que Chepe se presentó en la sala de espera apareció Bernardo con su acompañamiento.

— ¡Bernardo! ¡Bernardo! — le gritó el amigo, agarrándose a él como a su tabla de salvación.

— ¿Pero qué diablos te pasa? — le preguntó el recién llegado.

— Nada, que te esperaba, que os esperaba, en fin, que me fastidiaba con unos compañeros.

— ¿Y qué me quieres decir con todo eso?

— Que os invito a que cenéis con nosotros.

— Aceptado.

— Nos sobra mesa y nos faltan faldas. Ya verás como nos vamos a divertir.

El profesor no dejó que Guillermina se separara de su lado, y cada vez se animaba más, hasta el punto de llamar la atención de su primo Bernardo.

Chico, cualquiera diría que le han transformado — le dijo durante la alegre cena.

— Y todo se me debe a mí — manifestó Guillermina, orgullosa.

— Oye — replicó Derry. — No te vayas a figurar que eres tú la única que dispone de la alegría suficiente para transformar un alma.

Es Guillermina — añadió el profesor. — es usted, señorita, es todo cuanto me rodea.

Y dirigiéndose a la actriz le dijo al oído:

— ¿Quiere usted bailar conmigo?

— ¿También eso?

— Me siento más feliz que nunca.

— ¿Pero no haremos un mal papel?

— Con probar nada se pierde.

— Pues estoy a sus órdenes.

— Pero tenga en cuenta que yo no bailo científicamente.

A todo esto había ocupado Antonio Landor una de las mesas del establecimiento, en compañía de otros amigos.

Uno de éstos llamó su atención sobre Derry, que era la linda muchacha a quien le había regalado el vestido.

— Mira — le dijo, Chepe Smith está luciendo esta noche una gran mujer. ¡Qué suerte ha tenido!

Lander miró a la joven que le indicaban, y a pesar de que reconoció a Derry, no por eso hizo demostración alguna.

Ella, por el contrario, se fijó con insistencia en Antonio y se puso encendida como una amapola.

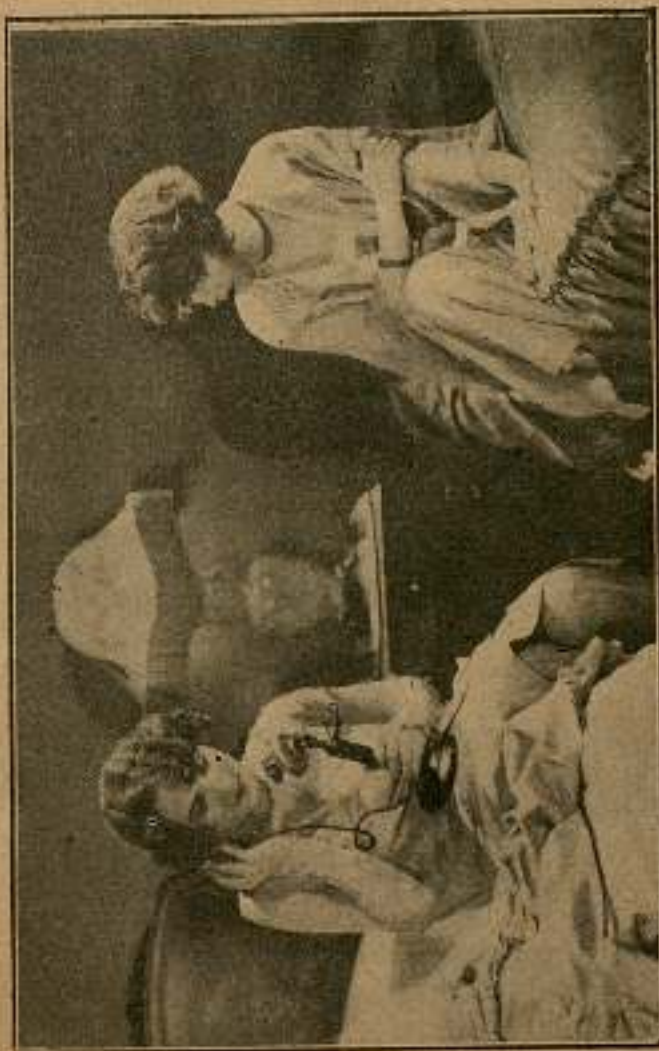
— Parece que te conoce — insistió el amigo. — ¿Quién es?

— No sé... no la he vista nunca — contestó Lander. Y siguió cenando tranquilamente.

El caballero cumplía con rigurosa exactitud lo que le dijera a Derry en el establecimiento de modas, pero a la muchacha no le hizo ni pizca de gracia un desvío que tomó a desaire.

V volviéndose hacia Bernardo, que era el hombre que tenía más cerca, exclamó en voz alta, para que la oyera Antonio:

— Bernardo, vamos a bailar.





CAPÍTULO TERCERO

La fiesta siguió su curso, como todas las noches, hasta que terminado el último número de música fueron destilando las parejas hacia el guardarropas.

El primo de Bernardo, a pesar de todo, continuaba dando vertiginosas vueltas por el salón, sin soltar a Guillermina.

— ¡Eh! — les gritó Bernardo, desde lejos. — La música ya ha terminado.

— ¡Demonio! Pues es verdad — dijo Guillermina, desprendiéndose de los brazos de su pareja. — A poco más nos apagan las luces.

— ¡Estaba tan distraído!

— ¿Pero dónde aprendió usted a bailar tan bien, señor profesor? Me estaba usted engañando asegurando que no sabía.

— V le decía la verdad. Yo creo que estoy hipnotizado. En fin, el caso es que existe una determinada relación entre las leyes hipnóticas y el ritmo musical.

— Entonces yo también he debido estar hipnotizada.

— Quizá; pero yo he sentido más los efectos contemplando su peregrina belleza.

— Entonces tiene usted que confesar otra cosa.

— ¿Qué?

— Que se ha enamorado de mí.

Y rompiendo a reír como una loca, se fué hacia donde la esperaba Derry, su amiga predilecta, la cual se encontraba excitadísima de los nervios.

Antonio Landor, dispuesto ya para salir a la calle, se detuvo cerca de las dos jóvenes, y Derry aprovechó la ocasión para insinuarse indirectamente.

— Yo conocí a un hombre — le dijo a su amiga. — Un hombre que debía ser de hielo.

— ¿Pero qué historia es esa? — le interrumpió Guillermina.

La de un ogro que compró a una ninfa un traje tejido con rayos de sol. Y cuando este ser in-calificable vió a la ninfa con el traje que le regalara, ¿qué dirás que hizo?

— ¡Quién es capaz de saberlo!

— Pues no hizo nada, y la dejó como un posilánime.

Antonio comprendió perfectamente la intención del cuentecito y dió algunos pasos hasta colocarse

frente a Derry; pero en aquel momento se acordó de su juramento, y dando media vuelta se fué hacia la puerta de la sala, desapareciendo rápidamente.

Los días transcurrieron y Guillermina no pudo sacar nada en claro respecto al estado de ánimo de Derry con Antonio Landor.

Pero oye, muchacha — le dijo una mañana durante el almuerzo — ¿Qué cuento es ese del cuento del ogro que me contaste tan rápidamente la otra noche?

— No era cuento, sino realidad.

— ¿Pero no me puedes aclarar más el asunto?

— Sí, mujer, porque yo no he hecho juramento alguno.

— Veamos.

— El ogro es Landor; el traje el que yo llevaba, y el que juró no conocerme si alguna vez me encontraba, Landor también.

— Pues no te puedes quejar; aquella noche y las sucesivas ha cumplido su palabra.

— La ha cumplido porque es un hombre sin alma.

— Y tú una mujer que se ha enamorado.

— Quia!

Los síntomas son de esos que no dejan lugar a duda.

— Pues los síntomas engañan.

— Lo que a ti te ocurre es que has empezado por notar algo que tú achacas a desprecio y que bien puede ser otra cosa.

— No lo sé; pero ya verás como te demuestro que sé pisar bien el terreno por donde ando.

— El más experto no está libre de un resbalón.

— Bien puede ser lo que tú dices; pero si llego a caer, qué lo dudo, caeré solita. ¡Al diablo todos los hombres!

— ¿Y siendo así te has encargado de organizar en nuestra casa el club de los «Solteros de Verano»?

— ¿Quién en mejores condiciones que yo para desempeñar ese cargo?

— No te comprendo.

— No puede ser más claro. Así pienso demostrar que no temo el contacto de la gente alegre que busca la distracción cuando sus esposas se hallan lejos.

Muy expuesto es lo que te propones.

— Para ti sí, porque ya te veo casi dominada por la ciencia.

— ¿Te refieres al profesor?

— Naturalmente.

— Es un hombre especial, te lo confieso. Al principio me figuré que se trataba de uno de tantos despreocupados; pero...

— Comprendido. Ahora te ha llegado a interesar.

— No puedo negártelo.

— ¿Y qué harás con el pobre Martín?

— Eso es lo que me preocupa. También es un

buen chico, a pesar de lo que suele molestarme con la lectura de sus obras.

— En fin, Guillermina; ya tienes edad para que puedas lanzarte sin andadores por el camino del mundo.

— Pero si me ves en peligro cuento con que me ayudarás.

— Ahora es cuando yo necesito tu ayuda para que arreglemos lo que hace falta. Es la hora que fijamos para la inauguración del club.

En efecto: momentos después empezaron a presentarse los alegres solteros de verano, los cuales recorrieron las diferentes dependencias, yendo después al comedor, donde ya estaban dispuestos los aperitivos para todos los gustos.

Martín Col, el dramaturgo, único soltero verdad en aquella casa, muy preocupado y hasta molesto por la sombra que le hacían los solteros de ocasión, sin hacer caso de las bromas de los concurrentes se fué derecho a buscar a Guillermina.

— Ya me tienes aquí — le dijo, con cara de pocos amigos.

— Entonces ya estoy tranquila — contestó la joven, sonriendo.

— Y vengo a leerte mi nuevo drama.

— ¿Ahora?

— ¿Pero no quedamos en que sería esta noche?

— Sí, hombre; pero tienes que esperar a que me sienta más dramática.

— ¡Guillermina!

— Hoy me siento agobiada bajo el peso de la ciencia.

— Bromas, no. Te lo suplico.

— No son bromas, Martín. Esta noche estoy comprometida con el profesor Blakely para visitar su laboratorio.

En este momento apareció el profesor, el cual repitió como un eco:

Esta noche visita mi laboratorio.

— ¡Caballero! me parece que abusa usted de la condescendencia de un... de un!...

No pudo terminar la frase, debido a la presencia de tres o cuatro amigos, uno de los cuales, percatándose de la situación, exclamó con solemnidad cómica:

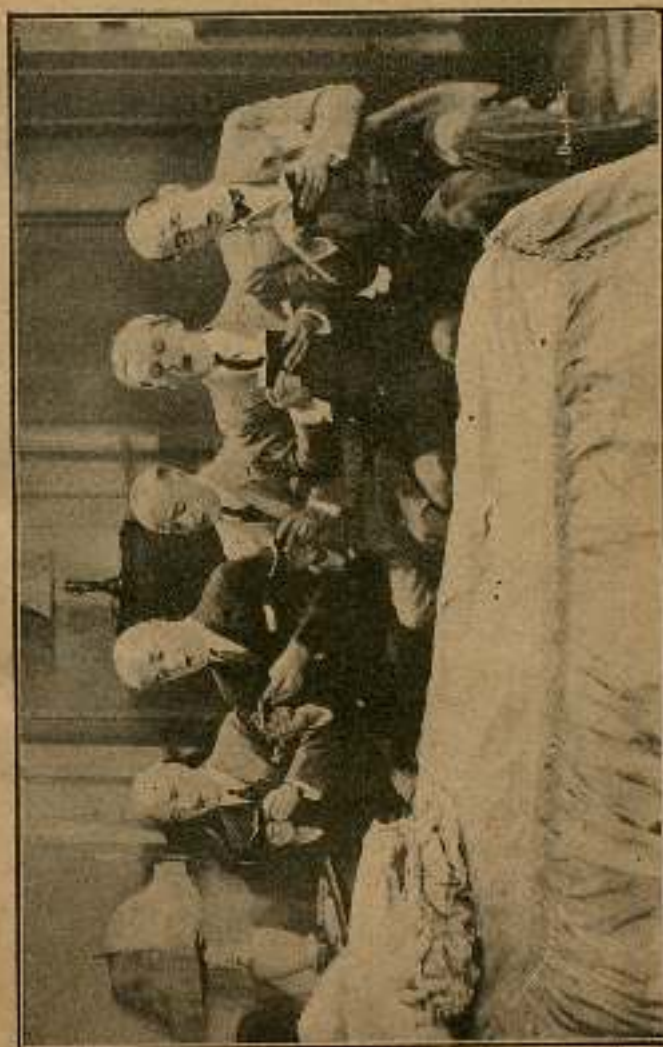
— ¡A qué hora es el duelo?

Los dos rivales volvieron a mirarse de arriba abajo, y Guillermina cortó la tirante situación con una de sus genialidades.

Pero el disgusto quedó de lleno en el alma de Martín.

* * *

Aquello no fué más que una ligera nubeilla, que a pesar de haber empezado con no poco aparato, terminó alegremente gracias al especial elemento que componía el club.



Todos los sujetos de este club son miembros de la librería de niños

Los socios entraban y salían en la cocina, demostrando grandes deseos de ayudar a Derry, la cual se oponía tenazmente a que tocaran ni un plato.

— Pero se estropearán esas manitas — le decía Bernardo.

— No importa.

— A mí me importa mucho. Además, esta noche viene un nuevo socio, que tiene gran interés por estar entre nosotros, y no es cosa de que la vea como una doncella.

— ¿Un nuevo socio?

— Sí, Antonio Lander... un muchacho de talento.

— Y tonto, al mismo tiempo — interrumpió Derry.

— ¿Le conoce usted?

— Yo a él mucho. El a mí, nada.

— ¡Caramba! sí que es raro todo eso.

— Soy la primera en comprenderlo.

— Bien; pero veamos el principal asunto. Tanto usted como Guillermina trabajan demasiado. ¿Qué inconveniente hay para contratar una cocinera y un par de chicas camareras?

— Porque aquí no puede haber más chicas que nosotras. ¿Y sabe usted la causa? Pues porque este es un club masculino organizado por mí, siguiendo un noble deseo de consolar al triste de la manera más justa. En una palabra: yo soy aquí un camarada más al que se le ha de considerar como a tal; pues de lo contrario y en uso del derecho que me concede

el reglamento escrito y aprobado por mí, cierre el club de un plumazo y ¡adós diversión!

El original discurso de Guillermina fué truncado por la preschoja en la casa del nuevo socio Antonio Landor; y a fuer de imparciales, hemos de manifestar que la serenidad que siempre residía en todos los actos de Derry fracasó un tanto.

Va no sabía lo que hacer en la cocina, y hubiera roto más de un cacharro al no estar cerca de ella la asidua Guillermina.

El recién llegado pasó al gran salón, o dicho con más modestia al comedor, donde fué presentado a uno o dos que aun no le conocían.

Landor se mostraba preocupado y como si quisiera levantar el velo de lo que para él era un misterio.

Bernardo, comprendiendo algo de lo que pasaba por la imaginación de su amigo, se apresuró a sacarlo de dudas.

— Aquí no tienes nada que temer, Antonio — le dijo, sonriendo. — Esta es nuestra casa, o mejor dicho, de nuestras amigas, que es lo mismo.

— Sí; pero no me negarás que a estas chicas les debe costar algo el vivir aquí.

— Claro.

— Y este gasto...

— Ellas lo pagan.

— ¿Ellas?

— Ni más ni menos. Derry es una secretaria de primera clase, con un sueldo bastante regular. Y Gui-

llermina una actriz con una nómina de esas que dejan vacía la taquilla de un teatro.

— ¿De modo que?...

— Que te has equivocado en tus juicios. Para ellas no somos nosotros más que unos camaradas de juego.

— De juego, sí.

Más claro todavía. No nos tienen como una necesidad. ¿Lo entiendes bien?

— Perfectamente.

— Y ahora te añadiré que una de nuestras amigas, Derry, no está expuesta a caer en los lazos del amor, porque aborrece a los hombres, es decir, los aborrece para maridos.

— Es un ejemplar raro.

— Mucho; y por lo mismo te aconsejo que no te intereses demasiado. ¿Sabes ya todo lo que querías saber?

— ¿Vo? — preguntó, turbado.

— ¿Pero te has figurado que yo soy tonto? ¡Eal, ven conmigo.

— ¿Dónde?

— A la sala del trono, donde están nuestras reinas. A la cocina!

* * *

Derry se hallaba rodeada de varios socios, encargados de ir llevando platos al comedor, cuando Landor hizo su pomposa presentación.

— Señorita — le dijo Antonio. — Ante todo debo darle las gracias por haberme invitado a su Club de *Solteros de Verano*.

— No tiene usted que darme gracias de ninguna especie, porque yo no he hecho tal invitación.

— Es la misma — se apresuró a decir Bernardo. — Lo hice yo en su nombre, al ver el interés que Landor demostraba por venir.

— Bueno — habló Chepe. — De un modo o de otro es el caso que ya tenemos un socio más, y de los buenos. ¡Viva Antonio Landor!

— ¡Viva! — gritaron los demás.

Y los primeros taponazos de las botellas anunciaron que iba a dar principio la fiesta gastronómica organizada por Derry.

¡Alto, amigos míos! — exclamó ya que se había nombrado presidenta del club. — Antes de seguir adelante es preciso que el nuevo socio, señor Landor, haga la prueba que es indispensable para que sea admitido entre nosotros.

— ¿Y qué prueba es esa? — preguntó Antonio.

— Jurar que no se acuerda para nada del compromiso que haya podido adquirir con otra mujer, mientras se encuentre en el club.

— Lo juro — habló el nuevo socio, con decisión.

Derry rompió a reír nerviosamente, y acercándose a Landor, le dijo, procurando que sólo él la oyera:

— Ese juramento es falso. Usted no sabe sostener

lo que jura nada más que cuando se trata de algo sin importancia.

Aquí fué a contestar Antonio, pero entre Bernardo y otros lo arrastraron hacia el comedor.

Chepe fué el único que quedó en la cocina con Derry.

Vamos a ver — le preguntó a la joven, con seriedad. — ¿Cuándo va usted a dejar a los solteros de verano, por un soltero de verdad?

— Nunca, Chepe.

— ¿Pero no tiene usted fe en mi cariño?

— Ni en su cariño ni en el matrimonio. ¿Cuántas veces quiere que se lo diga?

— Así dicen que hablaba Salomón a los ocho años de edad.

— ¿Y qué?

Pues nada: que al final no tenía bastante con todas las mujeres del país.

— ¡Gracias por la comparación!

— ¡Derry!

— ¡Ea! No hablamos más y a la mesa. Ya oye usted que nos llaman los camaradas.

— Vamos, amiga mía, concédame usted unos instantes más.

— Ya le he concedido los suficientes.

— Necesito que me hable más claro. ¿Ama usted a otra persona?

— No, señor. Se lo digo en serio. Chepe. Yo he vivido rodeada de fracasos matrimoniales, y de ahí mi aborrecimiento al lazo indisoluble.

— Eso puede ser una preocupación.

— Mis dos hermanas acabaron por divorciarse, y mis padres también. ¡Oh!, me me acuerdo usted escenas pasadas.

— ¡Pero si es usted quien las recuerda!

— Por lo mismo no debemos hablar más.

— Perfectamente. Pero si alguna vez cambia de idea, bien sea en mi favor o en el de otro, recuerde que como juez del distrito estoy siempre dispuesto para ejecutar matrimonios de primera clase.

— Lo tendré en cuenta. Aunque le vuelvo a repetir que no necesitaré sus oficios.

La cena fué alegre, como era de presumir dada la condición de los allí reunidos; y Landor, cada vez más enamorado de Derry, no desperdiciaba ocasión para insinuarse.

La joven desviaba el asunto con su peculiar talento, poniendo siempre como escudo a Bernardo, que también bebía los vientos por ella.

Ya el asedio de Antonio se hacía demasiado visible. Estaba sentada entre Bernardo y él.

De pronto tomó una flor de uno de los búcaros que adornaban la mesa y se la ofreció a Bernardo; e inmediatamente, arrancando una calabacita del mismo búcaro, se la entregó a Landor, diciendo al mismo tiempo:

— Mi sentimiento artístico me dice que esto ha sido destinado por los dioses para usted. Mil gracias por aquel préstamo, y ya estamos en paz.



¿Conoce usted a esta chica?

— En mi vida la he visto.

Bernardo al contemplar su flor y al ver la calabaza en manos de Antonio, se levantó de la mesa más orgulloso que un pavo real.

Había vencido en toda la línea.





CAPÍTULO CUARTO

— ¿Ya se ha quedado usted satisfecha? — le dijo Landor a Derry, guardándose la calabaza en un bolsillo.

— Sí, señor. Ahora ya estamos cada uno en su puesto y podemos empezar de nuevo nuestras relaciones como es debido.

— Verdaderamente, tuvieron un mal principio.

— Queda usted relevado de su juramento.

— ¡Gracias a Dios!

Ahora ya puede conocerme y saludarme en cualquier parte.

— Eso será un orgullo para mí.

— ¿Y qué diría la señora Landor de las audaces aventuras de su sentimiento artístico?

— Lo sabe todo y le ha hecho mucho gracia.

— Debe ser muy hermosa...

— No tanto como Derry.

— Usted, por lo visto, es uno de esos esposos que creen que la franqueza es la mejor política para con la mujer.

— Yo creo muchas cosas que usted ignora; y permítame la poca modestia.

— ¡Derry! — exclamó Bernardo, presentándose de nuevo en el comedor. Se me ha ocurrido la gran idea.

— Sepamos.

— Ahn es muy temprano y podemos dar un paseo hasta el «Yacht Club». ¿Qué le parece?

— ¿Los dos solos?

— Naturalmente. Después haremos una excursión en mi yate, a la luz de la luna.

— Eso es muy poético — intervino Landor. — pero esta señorita me tiene prometida la velada.

— Sí, algo ha habido de eso; pero una excursión en el yate es tentadora. Bernardo, estoy dispuesta.

Antonio no opuso resistencia alguna; y levantándose de la mesa se despidió ceremoniosamente de todos, abandonando la casa.

Una vez en la calle se encogió de hombros y murmuró, como si estuviera a punto de aburrirse:

— ¿Qué debe hacer ahora un solitario soltero?

El pobre se había enamorado con todas las de la ley, sufriendo, como es natural, si no los tormentos de los celos porque aquella mujer aun no tenía con él compromiso alguno, por lo menos las funestas consecuencias del desvío del ser querido.

Aquel encuentro casual en el establecimiento de modas, aquel carácter tan especial de Derry lograron interesarle al principio, y el soltero acabó por soñar con el matrimonio de su dicha.

* * *

En casa del profesor Blakely se había logrado hermanar la ciencia con el arte frívolo, y así lo demostraba la armonía entre el doctor y Guillermina, la cual le había cumplido su palabra acudiendo al laboratorio.

Lo que más llamó la atención de la artista, fué una esfera luminosa que casi cegaba con los destellos que despedía.

Ese es mi cristal auto-hipnótico — aclaró el profesor. — Su poder es más fuerte cuando el individuo está cansado o casi para despertar de un sueño.

— Y cómo ejerce su influencia?

— Mirándolo fijamente por espacio de un par de minutos, todo lo más.

Pues vuelva usted a sus libros, que voy a probarlo en seguida.

Y la soñadora Guillermina quiso soñar más ante el aparato inventado por su amigo, consiguiendo ampliamente el fin que se proponía.

Precisamente a la hora de este sueño hipnótico, Derry se encontraba más despierta que nunca, surcando en el yate de Bernardo la bahía de Long Island.

La luna, con su melancólico romanticismo, contrastaba rudamente con la velocidad del barco y con lo impulsivo de la aventura.

— Derry, estamos solos en medio del mar — dijo el compañero, con verdadera emoción.

— Bernardo, ¿y cree usted que yo no lo veo? Vamos, dígame algo más nuevo.

— Que la amo.

Eso es más viejo que andar a gatas.

— Para mí, no Derry.

Bien. Haga rumbo a casa...

— A casa? ¿Pero cree usted que esta es un automóvil?

— Vamos al muelle pronto... Ya estoy cansada de navegar.

— ¿Tan pronto?

— Noto los síntomas del mareo.

— ¡Pero si el yate apenas se mueve!

— No es el yate, sino usted el que me mareas! ¡Eh! Vamos a casa!

— ¡Demonio! ¡Ahora sí que la hemos hecho buena! ¿Qué pasa?

— El motor se ha parado.

— Pues ya sabe usted su obligación. Vaya a arreglarlo.

Bernardo desapareció por la escotilla, y al poco rato volvió a asomar la cabeza.

— ¡Sin gasolina! — dijo con leconismo de catástrofe.

— ¡La hemos hecho buena! ¿Y cuándo llegaremos al muelle?

— Una pregunta a la que no puedo contestar categóricamente.

— ¿Y tendremos que pasar aquí el resto de la noche?

— Soy el primero en lamentarlo; pero no nos queda otro remedio. Y lo peor del caso es que se me ha olvidado traer los flotadores.

— Quizá pase alguien que se decida a darnos remolque.

— Sí, esperemos abajo en el camarote.

Muy bien pensado; pero bajaré yo sola. Usted tiene que estar aquí vigilando hasta que se acerque alguien de buena voluntad que nos saque del apuro.

— Le advierto que abajo encontrará ropas de abrigo, por si las necesita.

Derry bajó la escalerilla y se encerró en el camarote, después de haber comprobado que el guardarropas estaba muy bien provisto para estos casos.

Nada temía la joven, y se tendió en la litera tan confiada como si se hallara en su lecho.

Iba a dormirse, cuando llamaron discretamente a la puerta.

— Soy yo; Bernardo — habló desde afuera el dueño del yate.

— ¿Y qué le ocurre a Bernardo? — preguntó Derry.

— Vengo a ofrecerle una copita para fortalecerla.

— Gracias, amigo mío. No bebo cuando estoy fuera de las aguas jurisdiccionales.

— Es que además le traigo una noticia.

— ¿Cuál?

— Un magnífico canot se dirige hacia aquí.

— Pues vaya usted pronto a hacer las señales.

— Ya están hechas.

— ¿Pues entonces para qué me necesita? Yo no saldré de aquí hasta que estemos en el muelle.

Y vean ustedes qué casualidad, o mejor dicho qué encuentro tan inesperado para Bernardo.

El canot lo tripulaba Chepe con varios amigos.

— ¡Eh, patrón, patrón! — gritó el primero, viendo a su amigo en el yate. — Buenos días. Pero ¿qué ha hecho usted aquí toda la noche?

Aburrirme de lo lindo. ¡Eal, remolquenos hasta el muelle.

— Pero antes me dirá quién es la linda sirena que le acompaña en esta singular aventura.

— Ya hablaremos de eso después. Lo primero es el remolque.

Eso ya hace un rato que está dispuesto. ¿Conque dónde está la sirena?

— Duermo.

— Pues ya despertará en mi casa.

— ¿Pero dónde nos llevas?

— Ya te lo puedes figurar: a mi casa, a mi quinta de recreo.

Y la quinta de Chepe Smith era la azotea de un

rascacielos, donde los solteros de verano tenían otro cuartel general.

Aquello estaba montado de mano maestra. Jardines, alegres surtidores, terrazas de recreo, baños: en fin, de todo lo agradable que en verano se puede apetecer.

Una vez arriba se olvida por completo la azotea, y la imaginación se trasladaba a un fantástico palacio oriental.

Y allí fué donde, convenientemente oculta bajo un velo, sabió Derry acompañada de Bernardo.

También se encontraba allí Guillermina, el profesor y otros socios del ameno club.

Ese hombre no nos deja ni un momento — le dijo Bernardo a su joven compañera. — Se ha empeñado en saber quién era la que iba conmigo en el yate.

— Pues por ahora me parece que no lo va a saber.

Y llamando a Guillermina, la hizo sentar junto a Bernardo.

En este momento se presentó el entrometido Chepe:

— Quiero ver a la audaz sirena — dijo de sopetón.

— ¡Sí! Pues aquí la tienes de cuerpo entero.

— ¡Guillermina! ¡Caramba!, me he llevado el gran chasco.

— ¿Pero de qué se trata? — preguntó la actriz.

— Ya de nada... hasta luego... Mi sirena debe andar por otro lado.



En la sucursal del Club de los Solteros de verano

Y diciendo esto se fué hacia otro departamento. Entonces Bernardo, que aun estaba bajo la influencia de Derry, creyéndola a su lado y ya sin trabas que le sujetaran, le estampó un sonoro beso en la frente y escapó a correr como un idiota.

Blakely presenció la escena desde muy cerca, y vió con profunda emoción que la joven reía de buena gana, lejos de mostrarse resentida por la agresión amorosa.

— ¡También con Bernardo! — suspiró, sentándose junto a Guillermina.

— Ya lo has visto. Es mi debilidad — manifestó la joven, con una ironía que el profesor no llegó a penetrar.

— Pues tienes que olvidarte. Bernardo pertenece a su esposa... Y tú me perteneces a mí.

— Pero si yo no tengo nada que ver con ese hombre.

— Entonces ¿por qué te besó así? ¿Qué ha sido él para tí?

— Blakely: ¿por qué te has de ocupar de cosas tan triviales?

— Está bien. Dejemos a Bernardo.

— Va está dejado.

— Y Martín, ¿por qué lo prefieres a mí?

— Te suplico que no te ocupes de mi pasado.

— Luego Martín.

— Blakely, estréchame las manos y escucha. Jamás me ha preocupado el *qué dirán*, y aunque sabía que la gente murmuraba de Martín y de mi persona, nunca me sentí avergonzada de mis actos hasta que tuve la satisfacción de conocerte.

— ¿Y qué me quieres decir con eso?

— ¿Pero aun no has comprendido cuánto te amo?

— ¡Oh, gracias, Guillermina! Yo adoro en tí a la única mujer que me ha hecho sentir en este mundo. Te amo sin celos del pasado, como tú mereces que se te ame.

— Basta, basta por Dios.

— ¿Pero cómo quieres que te exprese lo que siento por tí, sino de esta manera?

— Es que no estamos solos, y te exaltas demasiado en un sitio donde todo es pasatiempo y frivolidad.

— Pues dejémoslos.

— ¿Cómo?

— Vente lejos conmigo. Nos ocultaremos en el último rincón de la tierra, si así es tu gusto.

— Nada de romanticismos...

— No es romanticismo, sino realidad. Prueba y verás si estoy dispuesto a todo.

— Ya lo sé. Pero yo te amo tanto que no quiero ser la ruina de tu vida, de tu trabajo.

— Lo serás únicamente de mi vida si no accedes a mis deseos.

— Bien, no hablemos más... Fíjate en Derry, que nos observa desde lejos.

En efecto, su amiga, acompañada de Landor, se dio cuenta del estado de ánimo de Guillermina y del profesor.

— ¡Pobre Guillermina! — suspiró Derry.

— ¡Pobre Blakely! — murmuró Antonio.





CAPÍTULO QUINTO

La fiesta continuaba en todo su esplendor en los altos jardines de la quinta de Chepe; pero pronto se notó un movimiento extraordinario entre los diferentes invitados.

Nada menos que la esposa del dueño de la casa acababa de presentarse, regresando inesperadamente de su excursión veraniega.

El criado fué el primero en recibir la impresión, y el pobre se quedó un tanto desconcertado.

— ¡Pero qué te ocurre, Nicolás? — le preguntó la dama, sonriendo, al notar la estupefacción del muchacho.

— Nada, señora — contestó precipitadamente. — La alegría de verla entre nosotros.

— ¿Y mi esposo?

— ¡Su esposo? ¡Vamos! el señor, querrá usted decir

— Sí, hombre, sí. Creo que no se habrá muerto de tristeza por mi ausencia.

— No, señora... aun no... En este momento está aquí, obsequiando a algunos de sus... de sus amigos políticos. ¡Oh! está la casa llena de gente.

Chepe vino muy oportunamente para sacar de apuros al criado.

Abrazó efusivamente a su cara mitad, con la mayor frescura del mundo, y la condujo a la terraza principal.

La esposa le abrazó a su vez, mientras le decía cariñosa:

— Querido Chepe, tus cartas, rebosantes de sentimiento, me han decidido a regresar para consolarte.

— Y has obrado muy cuerdamente.

Dicho esto con singular aplomo se dirigió a los invitados.

— Amigos — les dijo sonriente. — Les presento a mi esposa. Es mejor camarada que yo mismo.

Aquí siguieron los saludos de rúbrica, hasta que la recién llegada estrechó la mano de Landor.

— ¡Caramba! — dijo, demostrando que conocía perfectamente el asunto que se festejaba en su casa. — ¡Qué hace aquí un verdadero soltero como usted en la alegre fiesta de los solteros de verano?

— Creo que un rato de honesta distracción no está reñido conmigo.

— Al contrario, amigo mío. Usted es el más llamado a divertirse y a disfrutar los placeres que nos

brinda el buen humor, y como a mí no me falta, abusando de la bondad y del cariño que mi esposo me profesa voy a preparar una fiesta en nuestra casa de campo para terminar los días de soltería de mi amado Chepe.

—Magnífico! — exclamó el marido, lleno de entusiasmo.

— Usted, amigo Landor, queda invitado a la fiesta, como todos los aquí presentes.

Y así terminó el jolgorio en las azoteas del rascacielos, con la preciosa perspectiva de unos días felices en pleno campo.

Bernardo, dispuesto para acompañar a Derry a su casa, le ofreció el brazo; pero la joven le suplicó que fuera por su abrigo, con la intención de dirigir algunas frases a Landor.

— ¿Conque la señora Landor no existe? — le preguntó, aprovechando los momentos.

— La señora esa existe, Derry.

— Entonces la esposa de Chepe no se ha expresado bien o yo he oído mal.

— Ni lo uno ni lo otro.

— Pues no lo entiendo.

— La señora Landor existe. Es mi cuñada.

— ¡Ah!...

— Y dentro de poco habrá otra señora Landor.

— ¿Otra?

— Sí. Habrá otra, porque yo me casaré con usted.

— Eso sí que no será — exclamó Derry con viveza.



En la alta quinta de Chepe.

— Sí; ya me ha hablado Chepe de su opinión contra el matrimonio.

— Le ha dicho la pura verdad.

— Pues lo siento.

— Ya se consolará.

— No, señorita. Lo siento por usted, porque no tendrá más remedio que casarse conmigo. Yo soy así.

— También tengo yo mi tesón. Y le aseguro que no me casaré ni con usted ni con otro.

Así terminó el diálogo y Bernardo acompañó a Guillermina y Derry a su casa.

Una vez allí continuó el asedio del soltero de verano, asedio que resistió la joven con el valor de siempre.

— Vamos, Bernardo, pórtese usted como un buen muchacho y mírelese. Estoy cansadísima y quiero pensar.

— Derry, esta no es la vida moderna.

— Yo la siento así.

— Dejémosnos de pensar y vivamos. Le ofrezco otra excursión en mi yate.

— No.

— Una emocionante carrera en auto.

De ningún modo... Y le vuelvo a repetir lo de antes, quiero estar sola, quiero pensar.

Y no hubo medio. Bernardo se hizo cargo de que sus ruegos serían inútiles y salió de aquella casa, más atormentado que otras veces.

Guilhermina había oído íntegro el diálogo de su amiga con Bernardo y acudió en auxilio de Derry:

— He sido indiscreta sin querer, pero celebro haberme enterado de lo que hablabais.

— ¿Y qué?

— ¿Verdad que no irás en el yate de Bernardo?

— No lo sé... Depende de lo que piense esta noche.

— ¿Pero no hemos quedado en ir a la fiesta campestre de la señora Smith?

— Sí; pero allí veremos a la misma gente.

— Es lo más regular.

— ¿Y Antonio Landor estará allí?

— Claro que estará.

— Pues precisamente por eso no debo ir a esa fiesta.

— Es un sacrificio inútil, querida.

— ¿Un sacrificio? Di más bien una comodidad, un gusto que satisfago.

— Derry, tengo un sentimiento muy grande.

— ¿Por qué?

— Pues sencillamente, porque tú ya no eres para mí la amiga de siempre.

— ¿Qué tontería!

— No, Derry, no. Ese hombre te ha transformado completamente.

— ¿Bernardo?

— ¿Qué Bernardo ni qué calabazas! Me refiero a Antonio Landor.

Derry se estremeció violentamente, imponiendo después silencio a su amiga con un enérgico ademán.

— ¿No te gusta que te hable de él? Vamos, supongo que no tendrás celos de mí.

— ¿Pero te has propuesto volverme loca? ¿Quieres que desaparezca de aquí para siempre?

— ¡Oh!, eso sí que no. Yo procuraré que vuelvas por el buen camino.

— Tú eres la que debes ver dónde pones los pies: te veo en un terreno resbaladizo.

— ¿Ves tú? Pues yo no te lo niego; y esto de-

muestra que mi cariño y mi confianza hacia ti no han disminuido ni ha trastornado el amor que pueda sentir por un hombre.

— ¡V date! ¿Es que yo estoy enamorada?

— Como una tonta...

— ¡Guilhermina!...

— Como una tonta, sí. Digo, y enamorada de un modo que ni tú misma sabes que lo estás.

— Cambiemos de conversación.

— Vamos a ver. ¿Quieres serme franca?

— Lo seré.

— ¿No preferirías que en vez de Bernardo fuera Antonio el amante asiduo y pegajoso?

— No y mil veces no. A Lander no quiero volverle a ver.

— Pues con Bernardo no serás feliz; te lo pronostico.

— V tú que te opones a Bernardo, ¿por qué amas a Blakely?

— Si tú quisieras a Bernardo como yo adoro a Blakely, te diría lo contrario de lo que ahora te digo.

— Déjame, Guilhermina, déjame. Yo no me entregaré así a un hombre...

— Eso es lo más natural...

— Así amaron mis hermanas y ya has visto el funesto desenlace. Oh!, no me casaré jamás.

— Eres cobarde, Derry.

— Y tú muy confiada, Guilhermina.

— La primera, que hasta entonces no se había fijado

en que su amiga tenía la esfera luminosa sobre una mesa, preguntó lo que era aquello y supo que se trataba de un regalo de Blakely.

— Tiene un poder hipnótico, añadió Guilhermina. — El sueño acude con sólo contemplar el cristal unos dos minutos.

— ¿Lo has probado tú?

— Varias veces.

— ¿V con quién sueñas?

— ¿Con quién ha de ser? Yo no tengo secretos para ti. Con Blakely.

— Mal, muy mal, amiga mía.

— Bueno. Ahora soy yo la que no quiere hablar más del asunto.

— Ya ves como vas entrando en mi terreno.

— En él te dejo, y hasta luego.

Guilhermina salió de la habitación y se dirigió al salón destinado a los socios del club.

Allí se encontró a unos cuantos, entre ellos Bernardo, que no había querido salir de la casa esperando que Derry variara de opinión respecto a sus proyectadas excursiones.

Chepe y Lander también se encontraban allí ultimando los preparativos para la fiesta en el campo.

Todos saludaron alegremente a Guilhermina; y todos, menos Antonio, le preguntaron por Derry.

— Bernardo no hace mucho rato que la ha dejado y puede decirles mejor que yo el estado de nerviosidad en que se encuentra.

— Nerviosidad, precisamente, no — manifestó el aludido. — Únicamente tiene que pensar una contestación que ha de darme.

— Si no quieres esperar, va te la daré yo — dijo Landor, con sorna.

— Puedes equivocarte.

— ¡Quia! ¡E! que anda completamente equivocado eres tú.

— ¿De modo que tienes el don de adivinar?

— Sí, por lo menos en esta ocasión.

— ¿Sabes lo que pienso? Pues en que aquella calabacita que te dió Derry debe ser un precioso talismán.

Antonio se mordió los labios y no contestó; pero Guillermina que estaba en todo, comprendiendo que de palabra en palabra iban a disgustarse aquellos buenos amigos, recurrió al único recurso para conjurar la tormenta, que era llamar a Derry para que pusiera término a la situación.

Y entró de nuevo en el cuarto de su amiga, a la que encontró en el lecho.

Antes de acercarse oyó como ésta hablaba:

— ¡Antonio!... ¡Antonio mío!

— ¡Derry! ¿Qué dices? — interrogó Guillermina, en medio de la mayor extrañeza.

— Te amo... Antonio... te amo — siguió la joven.

— ¡Oh! algo le ha pasado a esta muchacha — exclamó la amiga.



— ¿Pero de qué tengo esas manchas de tinta en los dedos?

Y viendo la esfera luminosa sobre la mesa de noche, acabó por darse cuenta de lo ocurrido.

— ¡El cristal! — exclamó, — Se encuentra bajo sus poderosos efectos.

Guillermina telefoneó inmediatamente a Blakely.

— Derry se halla fuertemente hipnotizada, sin duda por la esfera luminosa — le dijo. — ¿Que hago?

— No toques nada, que yo voy inmediatamente — contestó el doctor.

Guillermina dejó soñar a la joven y volvió al salón.

un tanto impresionada por el excepcional estado de su amiga.

— Acabo de llamar por teléfono a Blakely — manifestó con cierta indecisión. — Derry no está en estos momentos para abandonar el lecho.

— ¿Enferma? — preguntaron todos a la vez.

— Lo supongo; pero no podemos hacer nada hasta que venga el doctor.

Aquí habló brevemente Landor con Chepe, y éste salió de la casa, diciendo únicamente que sólo tardaría cinco minutos en regresar.

Y cumplió su palabra, encontrándose de vuelta con el doctor Blakely, cuando éste subía la escalera de la sucursal del Club de Solteros.

— ¡Por fin! — dijo Guillermina al ver al profesor, al cual le hizo pasar en seguida a la habitación de Derry.

— ¿Está el asunto listo? — le preguntó Landor a Chepe.

Este le presentó un pliego de papel, diciendo al propio tiempo:

— Lo he arreglado todo en la oficina de licencias matrimoniales, que está en esta misma calle.

— Bravo, amigo Chepe. Vale usted un mundo.

Todos penetraron decididos en la alcoba de la joven. Doctor — habló Antonio, con precipitación, observando la inmovilidad de Derry. — Es preciso que la enferma firme este documento, si es que está en disposición de hacerlo.

— Un momento, señores. Derry está bajo la influencia hipnótica.

Bernardo se aproximó al lecho, demostrando un vivísimo interés.

Landor hizo lo mismo.

El doctor continuó:

— Mientras esté hipnotizada, es científicamente imposible para ella cometer una falsedad, o que otra persona cualquiera la impulse a cometerla.

— ¿Pero no está en disposición de hablar? — insistió Landor.

— Sí que lo está. Guillermina puede hacerle las preguntas que crea convenientes.

La artista se acercó al lecho, y sin tocar a su amiga, porque así se lo indicó Blakely, preguntó:

— Derry: ¿Sabes quién te habla?

— Guillermina.





CAPÍTULO SEXTO

La actriz continuó su interrogatorio después de una breve pausa.

— Derry, ¿por qué pretendías hacer una excursión con Bernardo?

— Para alejarme de Antonio.

— ¿Quieres a Bernardo?

— No.

Landor miró fijamente al desdenado, pero no hizo ni la más pequeña señal de asombro.

— ¿Quieres a Antonio? — siguió Guillermina.

— Sí.

Aquí fué Bernardo el que miró a su amigo, acabando por inclinar la cabeza con pesadumbre.

Guillermina, animada con las justas contestaciones de su amiga, aventuró la pregunta decisiva.

— ¿Quieres casarte con Antonio?

Derry se estremeció y dijo con voz más firme:

— Sí, si quiero!

— Ahora ya saben la verdad — manifestó el doctor.

— La sabemos — suspiró Bernardo.

— ¿Y qué piensan hacer?

— Por mi parte — habló Landor — me casaré con ella tan pronto como me sea posible.

— Sí, eso es lo mejor — dijo Guillermina, enterrecida.

Landor sacó entonces la calabacita y se la entregó a su amigo, diciendo al mismo tiempo:

— A propósito, Bernardo. Creo que ahora te pertenece esto.

— Me pertenece y será un recuerdo que no se apartará de mí mientras viva.

— Va lo ha oído usted, Antonio — intervino Guillermina. — Algún día lo confesará. Mientras tanto tendrá usted derecho a protegerla de sí misma.

— ¿Y tú qué me dices, Bernardo? — le preguntó Antonio. — ¿Tienes algún resentimiento conmigo?

— Ninguno. Lo único que te pido es que la hagas feliz... Que no seas sólo un esposo.

— Procuraré complacerte, no lo dudes.

— Bien, señores — manifestó Chepe, después que Derry, por mandato del doctor, hubo firmado el documento. — Les participo que no registraré el matrimonio legalmente hasta que ella, despierta y muy despierta, no haya dado su consentimiento. Esta es mi obligación.

Algunos minutos después despertaba Derry, pesadamente, de su sueño hipnótico.

Estaba sola con su amiga, la cual se aproximó al lecho con la solicitud de una buena hermana.

— Buenas tardes, dormilona — le dijo, acariciándola. — Me parece que ya es hora de despertar.

— ¿Pero qué pasa? ¿Dónde he estado?

— ¡Vaya una pregunta! Eso tú lo sabrás.

— No sé nada... Pero he soñado unas cosas...

— Claro, te empeñas en llevar la contraria a tu corazón, y eso es todo.

Derry se fijó entonces en que los dedos de su mano derecha estaban manchados de tinta.

— ¿Qué he escrito yo? — volvió a preguntar.

— ¡Ya no te acuerdas de lo que has hecho?

— Pero si yo me acosté rendida...

— Puede que antes escribieras a la señora Smith participándole que no podías ir a su fiesta.

— Yo no he escrito semejante cosa.

— ¿Entonces piensas ir?

— Creo que sí, a pesar de Antonio Lander.

— No te preocupes por Antonio. Jamás te volveré a hacer proposición alguna.

— Es que tú no le conoces. Es muy testarudo.

— Nada, nada. Mira, hace un rato ha telefoneado la señora Smith diciendo que quiere que vayamos

con ella, en su auto, hasta la finca que tiene en el campo. ¿Qué te parece?

— Que esa señora es muy amable y que sería muy injusta si la despreciara.

La situación de la finca de Chepe no podía ser mejor elegida para una fiesta.

Aquellas montañas, aquellos bosques, aquellos lagos debidos a la naturaleza, convidaban al feliz reposo, y el alma más prosaica sentía la inspiración poética.

No es de extrañar que hasta el mismo Chepe se sintiera invadido por infinita inspiración aun con su misma esposa, la cual estaba encantada, como es natural.

Rita se sintió inspirada antes al organizar la espléndida excursión.

Ya estaban allí dos días los invitados. Antonio evitaba la aproximación a Derry. Esta, como mujer, se sentía ofendida.

Y es que Guillermina, aliada de Lander, lo llevaba como de la mano en el delicado asunto, conociendo admirablemente el carácter de su amiga.

— Usted vencerá, si sigue mis consejos — le decía a Antonio a cada momento que lo veía indeciso.

Y el muchacho obedecía como un niño, o como un enamorado, que viene a ser lo mismo.

Una tarde se hallaba Derry en la terraza, donde recibió el premio que se había ganado aquella mañana por pescar el pez más pequeño.

Chepe le entregó una linda copa de plata, como recuerdo de su éxito, y los invitados fueron saludando a la joven, hasta que le llegó su turno a Landor.

No se pudo evadir de esta ceremonia.

Derry lo miró displicente y murmuró, como distraída :

— Gracias por su felicitación. Usted es Antonio Landor, ¿verdad?

El mismo, señorita.

— Me parece recordar que una vez me lo presentaron a usted... no sé dónde...

— Sí, en efecto... me presentaron.

V dando media vuelta se fué hacia donde estaba Guillermina.



CAPÍTULO SÉPTIMO

La amiga de Derry se dió cuenta en el acto de la preocupación de Landor, y quiso fortalecerlo :

— No se rinda usted, Antonio.

— ¡Pero es que esto va pasando de la raya!

— Le juro a usted que la tiene muy preocupada.

— Me remuerde la conciencia ; y creo que se lo debo confesar todo.

— Dícen que la conciencia de un esposo, porque usted ya lo es, confiesa mejor a media noche, cuando todo calla, cuando el reposo es casi absoluto.

— ¿Y bien?...

— A esa hora, la señora de Antonio Landor va a bañarse al lago grande, a causa del insomnio.

— Pues yo también puedo sufrir de insomnio.

— Por eso le he hecho la indicación.

— El café bien cargado me lo garantizará.

— Pues ánimo y buena suerte. Pero no olvide que ha de sostener su papel hasta el final, si es que quiere salir victorioso.

— Seguiré, como hasta aquí, sus preciosos consejos.

Un criado cortó el diálogo, diciendo a Guillermina que una señora, recién llegada de la ciudad, la esperaba en la plazoleta del embarcadero.

No sabía la pobre joven el amargo trago que le estaba reservado; y así es que acudió confiada y resuelta al sitio que el criado le acababa de indicar.

Una señora de avanzada edad le salió al encuentro.

— Soy la madre del profesor Blakely — dijo con tono reposado y amable. — ¿Quiere usted cruzar el lago conmigo mientras conversamos?

Guillermina presintió una escena patética; pero se resignó, ocupando un asiento en la canoa, junto a la dama.

— Mi hijo me ha hablado de usted.

— ¡Señora!

— No trate de sincerarse a mis ojos. Conozco su noble proceder y el cariño desinteresado que siente por mi hijo. Por eso he venido a verla.

— ¿Pero qué pretende usted de mí, señora?

— Que siga siendo buena, que continúe demostrando desinterés por mi hijo, que se sacrifique en fin.

Y la pobre señora refirió a Guillermina que Blakely estaba para casarse, que su novia se hallaba delicadísima de salud y que una fuerte impresión,

el solo anuncio del desvío del que ella adoraba, le costaría la vida.

El relato de la buena madre de Blakely, hecho con la verdad de un corazón que sabe sentir, logró impresionar vivamente a la infeliz Guillermina, inclinándola al sacrificio.

— ¿Qué me dice usted? — interrogó la dama, con ansiedad.

— No lo sé, señora. Puedo decirle que amo a su hijo con toda mi alma, y que al principio traté de disuadirle; pero...

— Yo sé que usted es buena y lo olvidará.

— No, eso no. Olvidarle juro que no podré; pero me propongo no truncar su felicidad ni su carrera y...

¿Qué?

Mañana su mismo hijo se lo dirá. Ahora volvamos a la quinta y permítame usted que reflexione con calma lo que debo hacer.

Llegó la noche sin que a la sabia naturaleza se le olvidara colgar su gran farol de plata para contribuir a la poesía del paisaje.

El lago retrataba el plateado disco, y un suave viento impregnado de aromas de flores hacía respirar con delicia a la bañista.

Derry, como una sirena de deliciosas formas, nada

con la tranquilidad de que estaba sola en aquella gran piscina.

De pronto lanzó un grito, y braceando con maestría ganó los primeros peldaños del embarcadero.

Un hombre se bañaba al mismo tiempo en aquel sitio; y este hombre ya habrán adivinado nuestros lectores que era Landor.

Me ha dado usted un susto, que no se lo perdono — dijo la joven sonriendo, al reconocer al bañista.

— Pues le ruego que me perdone el susto.

— ¡Caramba! Me podía haber dicho que se iba a bañar a esta hora.

— No lo he hecho por temor a que usted no viniera.

— ¿Entonces usted sabía que yo iba a venir?

— Sí, señora.

— Esa Guillermina es una habladora indiscreta.

— Esa Guillermina es un alma grata, que vela por los dos.

— ¿Por los dos?

— Por usted y por mí.

— ¿Quiere usted explicarse?

— Aquí, pasándonos por agua?

— ¿Dónde mejor?

— ¿Me permite usted subir al embarcadero?

— No es mío; por lo tanto puede subir, o si quiere se va a buscar al dueño.

Con el dueño no tengo nada que ver.



— ¿Puedo salir a la palanca?

— Pregúnteselo al dueño.

— ¿Y conmigo?

— Derry — exclamó Antonio, sin poder ya contener su pasión. — Hay algo que debo decirte... y es que te amo con toda mi alma.

Y diciendo esto, estampó un apasionado beso en los labios de la joven.

— Esto es un abuso a mano armada — suspiró Derry queriendo apartarse, inútilmente, de su enamorado galán.

— No, Derry, no. Esto es el beso de despedida.

— ¿De veras te marchas, se marcha usted?

— Mañana regreso a mi casa.

— ¡Uf! ¡Qué peso se me ha quitado de encima! Creí que me iba a salir con la cursilería romántica de que se marchaba a lejanas tierras para que se lo comieran las fieras.

— Derry, aquí va se ha cumplido la misión que me había impuesto.

— ¿Y esa misión?

— ¡Ann quiere que le hable con más sinceridad!

— ¿Desea que le repita que la adoro como nadie la ha adorado?

— No diré que no, porque es usted el primero.

— Lo celebro por puro egoísmo... y ya lo sabe, mañana me marcho.

— ¿Y no podría llevar un pasajero con usted?

La contestación de Landor fué otro beso que se oyó nada más, porque la luna, o sea el farol de la naturaleza, que antes dijimos, se había apagado por mor de una ligera nubecilla.



CAPÍTULO OCTAVO

No era tan feliz Guillermina como su amiga.

La primera pasó la noche desvelada, y escuchó de labios de Derry lo ocurrido con Landor.

La desdichada actriz no quiso empañar las ilusiones que empezaba a formarse la que aun no sabía que era esposa de Antonio; y por la misma razón ocultó la escena que se había desarrollado entre ella y la madre de Blakely.

— ¿Crees tú que Landor me ama de veras?

— Creo más que eso todavía.

— ¿Más aún? ¡Siempre has de ser exagerada!

— No has de tardar mucho en convencerte de que hay algo oculto que ha de impresionarte. Tú no eres lo que te figuras.

— ¡A que salimos ahora con que soy la heredera de un príncipe ruso!

— O algo más.

— Entonces aborreceré más a los hombres, porque veré claramente que si me quieren es por el interés.

— Antonio te ama por ti sola, por lo mucho que vales, y que él sabe apreciar debidamente.

— ¿A que vas a conseguir que me lo crea? En fin, me parece que debemos dormir, aunque sólo sean un par de horas. Mañana me marchó a la ciudad.

Yo también.

— Mira, no extrañes que no te invite. En el auto de Lador no hay más que dos asientos.

La pobre Guillermina sonrió satisfecha al ver a su amiga en camino de una felicidad que ella no podía tener, y le prometió que no tardarían en verse.

Después de unas horas más de desvelos, tomó Guillermina su resolución.

Serían las diez de la mañana, cuando la desventurada artista se encontraba en la misma plazoleta del embarcadero donde la víspera conoció a la madre del profesor.

Martin se hallaba con ella y en sus ojos se reflejaba la más completa alegría.

— ¿De modo que al fin te decides por mí? — le decía el dramaturgo.

— Es lo más acertado que puedo hacer, pensando en la felicidad de todos.

Pero has de jurarme que Blakely...

— Lo he mandado llamar y no debe tardar en acudir a la cita.

— ¿Pero qué pretendes ahora?

— Que tanto tú como él quedéis relativamente tranquilos con la solución que he pensado.

— ¡Pero si yo no dudo de tus palabras! ¡Ea! No me atormentes más y vámonos de aquí.

— Espera.

En este momento apareció el profesor.

Martin se quedó como una estatua, muy cerca de Guillermina, la cual se dirigió a Blakely.

— Te he llamado — le dijo, decidida — para decirte que ayer tuve una interesante conferencia con tu madre.

— Lo sé.

— Pues bien; como consecuencia, debo manifestarte que nuestro flirt de verano ha terminado.

— Sí — contestó lacónicamente el profesor.

— Sólo ha de quedar entre nosotros el profundo respeto de una amistad desinteresada.

— ¿Es esa tu decisión?

— Martin y yo nos casamos.

Blakely se inclinó ante la pareja y dió media vuelta para marcharse.

— Deséanos al menos felicidad — murmuró Guillermina.

El profesor, sin desplegar los labios, estrechó fuertemente las manos que le tendía Martín, y siguió sin volver la cabeza, desapareciendo en los jardines que rodeaban la quinta.



CAPÍTULO NOVENO

A eso de las cuatro de aquella tarde abandonaron la quinta de Chepe, Derry con el que ya era su inseparable Landor.

El auto volaba por la carretera tragándose los kilómetros, pero la noche se echaba encima, y Antonio, muy conocedor del terreno, viró hacia un camino vecinal que acortaba y no poco la distancia para llegar a la gran ciudad.

Ahora no se sabe si Landor rogó para que lloviera; pero es el caso que empezaron a amontonarse las nubes y un relámpago no tardó en iluminarles con su brillante luz.

Tras el relámpago zumbó el trueno, cosa muy natural, y empezaron a caer gotas como dólares. También muy natural, aunque molesto para los viajeros, especialmente para Derry, que empezó a gritar.

— ¡Alto, chófer, alto! Si esto sigue así nos vamos a ahogar.

Landor detuvo la marcha del coche.

— Temo que no vamos a poder seguir.

— ¡Pues estamos lucidos!

— Hasta que se haga de día no podré encontrar el camino seguro para salir de este lozadal.

— ¿Y qué haremos aquí?

— Tendremos que meternos en ese granero.

Y Antonio indicó una especie de choza que tenía una escalera de mano para subir al sitio donde los aldeanos guardaban la paja y el grano.

Haciendo uso de la linterna condujo a Derry hasta la escalera, obligándola a subir.

El subió detrás, huyendo a la vez del torrente que le caía encima.

— Aquí podrá usted pasar la noche mojándose menos que a la intemperie.

— ¿Y usted, dónde va a dormir?

— Abajo. Comprenderá que no sería bien visto que pasáramos la noche bajo el mismo techo.

— Pero, hombre, si aquí no nos ve nadie!

— Me veo yo, y mi conciencia, mi caballerosidad, no me lo permite.

— Sea como usted quiere.

Landor empezó a bajar por la escalera.

— Que pase usted buena noche.

— Lo mismo le deseo... pero...

— ¿Qué?

— ¿No oye usted?

— Sí que oigo. Está diluviando.

— ¡Ay, Dios mío... se va usted a constipar!

— ¡Qué mayor placer que morir de una pulmonía fulminante por el honor de una dama!

— ¡Hombre... vaya usted al demonio!

Landor desapareció y la joven se tendió sobre un montón de paja, tapándose como pudo con la manta de viaje que su compañero se había cuidado de subir.

De pronto, una cabra que estaba atada en el mismo cobertizo, empezó a dar saltos, asustada más del ruido de los nuevos huéspedes que del fragor de la tormenta.

— Tengo miedo, Antonio... Por lo que más quiera, no me deje sola — gritó Derry, incorporándose.

Antonio volvió a subir, preparado ya con un trozo de tela impermeable.

— ¡Ea! Ya me tiene usted aquí.

— ¿Pero qué ha sido eso? — interrogó la asustada joven.

— Nada, unos cuantos leones y tigres y media docena de hipopótamos. Ya están muertos todos.

— Aquí, Landor, a mi lado... a pesar de sus bromas le juro que tengo un miedo espantoso... No se vuelva a alejar.

Y a pesar de los escrúpulos de Antonio, no tuvo más remedio que pasar la noche junto a Derry, velando su sueño.

Apenas amaneció y notando que no caía ni una gota de agua, volvió de nuevo el viajero a bajar la escalera con objeto de tomar del automóvil la maleta de aseo.

Ya estaba junto al coche el aldeano dueño del pajar, el cual se apresuró a preguntarle:

— ¿Qué hacía usted allá arriba?

— Hombre, ya se lo puede usted figurar. ¿Quería usted que pasara la noche sufriendo la lluvia?

— ¿Pero está usted ahí toda la noche?

— Estamos, querrá decir. A mi esposa y a mí nos sorprendió la tormenta, y gracias a este abrigo hemos podido conjurar en parte sus efectos.

— ¡Pobre señora, cómo habrá padecido!

— Un poco; mas al fin se durmió, y no ha pasado nada.

— Vamos, ya la puede usted llamar y vengan a desayunarse.

— ¿También eso? ¡Oh, es usted muy amable y muy campechano!

— Les espero ahí enfrente, en mi casa, que es la de ustedes.

— Gracias... En seguida vamos.

Y gritando como un loco empezó a decir:

— Derry, esposa mía, arréglate como puedas, que nos espera el desayuno.

— ¿Pero qué está usted diciendo? — preguntó la joven, asomando la cabeza por el único hueco del pajar.

— Ya lo has oído.

Suba usted antes... yo no puedo salir de aquí de la manera en que me encuentro.

Landor subió llevando con él su preciosísimo maletín.





CAPÍTULO DÉCIMO

— Una vez Antonio ante ella se le quedó mirando fijamente, y con no poca extrañeza exclamó:

— ¿Pero cómo se atreve usted a llamarme su esposa, cuando ni siquiera se me ha declarado?

— Ya lo hice en el lago.

— Aquello fué escribir en el agua.

— Pues no espere que lo vuelva a hacer.

— ¿Cómo es eso?

— Al menos hasta que, tanto usted como yo, estemos presentables.

Dicho esto entregó lo que creyó más oportuno para que Derry se arreglara, y después sacó de otro departamento del maletín lo que necesitaba para afeitarse.

— ¿Pero se va usted a afeitarse ahora?

— Naturalmente — contestó Landor, enjabonándose. — Lo hago todos los días cuando me levanto. Ya se irá usted acostumbrando.

— ¿Y durará mucho esta broma?

— Hasta que usted se decida a formalizarse.

— Pues me formalizo.

— ¿Sí? Pues haga usted la petición de mi mano.

— Mi querido Antonio: ¿Tendrás la bondad de casarte conmigo?

— Lo siento mucho, pero no puedo.

— ¿Cómo?

— Ya estoy casado.

— ¡Caballero! ¿Me está usted resultando intolerable!

— ¿Pero en qué quedamos? ¿Se me habla de usted o de tú?

— ¡Acabemos! ¿Con quién está usted casado?

— Contigo.

— Acabará usted por trastornarme el juicio.

Mira, si me prometes no incomodarte, yo te lo explicaré todo claramente.

— ¡Habla, habla pronto!

Landor contó detalladamente lo del casamiento en su alcoba, añadiendo que firmó el documento de su puño y letra.

Claro, la pobre joven abrió unos ojos como platos y no sabía si romper a reír o llorar amargamente.

Estaba en uno de esos periodos nerviosos que de vez en cuando sufría, dado su especial carácter.



...y comenzó a llover de un modo torrencial

Antonio terminó la importante aclaración diciendo:

— Estabas hipnotizada cuando me diste el sí.

— ¿Pero puede servir un documento de esa índole?

— Chepe Smith nos unió con el indisoluble lazo.

— Pues bien, ¿sabes lo que te digo?

— ¿Que fué un casamiento de película?

— No. Que jamás te perdonaré el que te hayas aprovechado de una muchacha inconsciente.

— No te preocupes que todo puede tener su arreglo.

— ¿De qué modo?

— Chepe dijo que no registraría el matrimonio hasta que tú dieras el consentimiento.

— ¿De modo que yo puedo deshacerlo todo con una sola palabra?

— Puedes deshacerlo.

— ¡Adiós!

— ¡Pero dónde vas ahora!

— ¿Que dónde voy? A telefonear a Chepe para que legalice nuestro matrimonio. ¡Ay, querido esposo... no me sentaría bien el desayuno si no estuviera ya casada contigo!





CAPÍTULO ONCE

Las cosas en Nueva York se hacen por la posta, o mejor dicho, por telégrafo, como el rayo, con una celeridad vertiginosa, y así no es de extrañar que el matrimonio Landor se viera instalado convenientemente a los cuatro días justos de haber ocurrido la pintoresca escena en el pajar.

Landor, el esposo modelo, tuvo el capricho de hacer una instantánea de la chozn donde se guarecieron durante la lluvia, y esta instantánea, cuidadosamente ampliada, adornó el salón principal de la feliz mansión.

Tanto ella como él querían conservar aquel grato recuerdo.

Guillermina y Martín no fueron tan rápidos.

El esperó con el ansia que se ha de suponer a que fuera estrenado su último drama, en cuyo libro puso

toda su fantasía, toda su alma y todo su talento.

Martín triunfó en toda la línea la noche del estreno: y Guillermina, feliz intérprete y protagonista, contribuyó al éxito, haciendo destacar como nunca sus grandes dotes de actriz.

Fué una noche de dicha completa, a la que contribuyó en gran parte la felicitación que el profesor Blakely dió de palabra al que antes había sido su generoso rival.

La boda, por lo tanto, no se llevó a efecto con la rapidez de la de Derry con Antonio; pero al fin se hizo, sin pompa ni aparato alguno, pero con la alegría que supieron imprimirle los solteros de verano, que con el matrimonio Landor acudieron a la sencilla fiesta.





CAPÍTULO DOCE

— ¿V ahora qué? — le preguntó un día Derry a su esposo, saboreando el té de la tarde.

— ¿Qué me quieres decir? — le preguntó Antonio.

— Que si vamos a estar así toda la vida. ¿No te parece que tanta felicidad no puede ser duradera?

— Ya la cortaremos dentro de unos meses, cuando vuelva el verano.

— ¿Sí, eh?

— Entonces irás a veranear y detendremos el curso de nuestra radiante luna de miel.

— Te equivocas, Antonio. Yo no veraneo sino contigo. Tú no has de volver a ser soltero, ni de verano.

— Eso te lo juro.

— Además, dentro de unos meses...

Derry no terminó la frase; pero Landor, al notar el rubor que teñía las mejillas de su esposa, la estrechó contra su corazón, exclamando con entusiasmo:

— ¡Bravo! ¡Seremos tres a veranear!



BATURRADAS

Hermosa colección de
cuentos, chistes, ocurrencias,
cantos, etc., etc.

— POR —

Juan del Ebro

SE HAN PUBLICADO LOS TOMOS SIGUIENTES

1. CHISTES BATURROS
2. CARTICAS BATURRAS
3. UN BATURRO ENAMORADO
4. LAS BODAS DEL MAÑO
5. OCURRENCIAS BATURRAS
6. GRESCA BATURRA

Bonita cubierta en tricolorín

Precio : 15 céntimos

Biblioteca Ilusión

TÍTULOS DE LOS TÓRROS PUBLICADOS

1. GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall
2. YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason
3. EL TRONO DE LA COFICIA, por Senna Owen
4. EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes
5. EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes
6. MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert
7. PRÉSTEME SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell
8. CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines
9. LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por S. Mason
10. LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie
11. AMAPOLA, por Mark Nerina y «Pisano»
12. EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie
13. A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes
14. RICARDITO, NINO BIEN, por Ricardo Talmadge
15. EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac K'ill
16. POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones
17. LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
18. LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge
19. ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
20. LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
21. CASADOS, por Owen Moore
22. PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson
23. LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoob Gibson
24. EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix
25. UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters
26. EL TERROR DEL MALPAÍS, por Charles Jones
27. AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jacqueline Logan
28. VENDAVAL, por Tom Mix
29. MANCHA POR MANCHA, por George O'Brien
30. SUEÑOS DE OPIO, por Ricardito Talmadge
31. EL MONARCA DE LA SIERRA, por Tom Mix
32. DON DEMONIO, por Jack Hoxie
33. VÍA LIBRE, por John Bowers y Margarita de la Motte
34. LA LBY DE LOS PINOS, por Charles Jones
35. EL NINO DE TEXAS, por Tom Mix
36. EL HUERTO DE LOS DUENDES, por Charles Jones
37. EL VAGABUNDO, por Fred Thompson
38. EL VAQUERO SEVILLANO, por Tom Mix
39. LA HIJA DEL BANDIDO, por Josie Stedwick
40. BURLANDO A LA MUERTE, por Fred Thompson
41. EL PARAÍSO NEGRO, por E. Lowe y M. Hellamy
42. EL PRECIO DEL DESIERTO, por Charles Jones
43. PASTOR A TIROS, por Tom Mix
44. EL ENGAÑO, por Harry Carey (Cavens)
45. EL LADRÓN BLANCO, por Jack Hoxie
46. LA ALCALDESA, por Josie Sedgewick
47. EL ESPEJO DEL ALMA, por Leslie Fenton
48. LUCHA DE JUVENTUD, por William Fairbanks
49. EN LA HABITACION DE MABEL, por Mary Prevost

Precio : 25 céntimos

BIBLIOTECA TRÉBOL

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

31. Al borde del desierto, por Charles Jones.
32. De vaquero a millonario, por Hood Gibson.
33. Lari, por Tom Mix.
34. Las culpas de una desposada, por Mildred June.
35. Bandidero por sport, por Tom Mix.
36. Los siete pecados capitales, por Margaret Livingston.
37. El vaquero y la condesa, por Charles Jones.
38. El deber contra el vicio, por Tom Mix.
39. Lobo de monta, por Charles Jones.
40. Ricardito enamorado, por Ricardito Talmadge.
41. El relámpago de Calgary, por Hood Gibson.
42. Rectitud y valor, por Charles Jones.
43. La mariposa dorada, por Alma Robens.
44. El traje de etiqueta, por Reginald Denny.
45. El caballero de Arizona, por Hood Gibson.
46. La luz del cañón, por Tom Mix.
47. Juramento de soldado, por Charles Jones.
48. El foru bravo, por Fred Thompson.
49. El dueño negro, por Ricardito Talmadge.
50. Un vagabundo generoso, por William Desmond.
51. Ricardito hombre de negocios, por Ricardito Talmadge.
52. Puños y cascotes, por Tom Mix.
53. El nuevo campeón, por William Fairbanks.
54. Puños y corazon, por Frank Merrill.
55. Un hombre de temple, por Reed Howes.
56. Defendiendo lo suyo, por Jack Hoxie.
57. Cuando la mujer quiere, por Pauline Frederick.
58. El último combate, por Milton Sills.
59. La manía de la velocidad, por Tom Mix.
60. Sombra sinistra, por John Gilbert.
61. Rin-tin-tin y los lobos.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

BIBLIOTHECA TREBOL

1	1. BIBLIOTHECA TREBOL
2	2. BIBLIOTHECA TREBOL
3	3. BIBLIOTHECA TREBOL
4	4. BIBLIOTHECA TREBOL
5	5. BIBLIOTHECA TREBOL
6	6. BIBLIOTHECA TREBOL
7	7. BIBLIOTHECA TREBOL
8	8. BIBLIOTHECA TREBOL
9	9. BIBLIOTHECA TREBOL
10	10. BIBLIOTHECA TREBOL
11	11. BIBLIOTHECA TREBOL
12	12. BIBLIOTHECA TREBOL
13	13. BIBLIOTHECA TREBOL
14	14. BIBLIOTHECA TREBOL
15	15. BIBLIOTHECA TREBOL
16	16. BIBLIOTHECA TREBOL
17	17. BIBLIOTHECA TREBOL
18	18. BIBLIOTHECA TREBOL
19	19. BIBLIOTHECA TREBOL
20	20. BIBLIOTHECA TREBOL
21	21. BIBLIOTHECA TREBOL
22	22. BIBLIOTHECA TREBOL
23	23. BIBLIOTHECA TREBOL
24	24. BIBLIOTHECA TREBOL
25	25. BIBLIOTHECA TREBOL
26	26. BIBLIOTHECA TREBOL
27	27. BIBLIOTHECA TREBOL
28	28. BIBLIOTHECA TREBOL
29	29. BIBLIOTHECA TREBOL
30	30. BIBLIOTHECA TREBOL
31	31. BIBLIOTHECA TREBOL
32	32. BIBLIOTHECA TREBOL
33	33. BIBLIOTHECA TREBOL
34	34. BIBLIOTHECA TREBOL
35	35. BIBLIOTHECA TREBOL
36	36. BIBLIOTHECA TREBOL
37	37. BIBLIOTHECA TREBOL
38	38. BIBLIOTHECA TREBOL
39	39. BIBLIOTHECA TREBOL
40	40. BIBLIOTHECA TREBOL
41	41. BIBLIOTHECA TREBOL
42	42. BIBLIOTHECA TREBOL
43	43. BIBLIOTHECA TREBOL
44	44. BIBLIOTHECA TREBOL
45	45. BIBLIOTHECA TREBOL
46	46. BIBLIOTHECA TREBOL
47	47. BIBLIOTHECA TREBOL
48	48. BIBLIOTHECA TREBOL
49	49. BIBLIOTHECA TREBOL
50	50. BIBLIOTHECA TREBOL

PRECIO: \$2.00

BIBLIOTECA PERLA

TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Tolmidge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hallett.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmeri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Audrey Munson.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henry Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAURO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Gail Gwilda.
- 18 DESTINO..., por Trubelita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henry Porten.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langhals.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTREPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leticia Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 BUELOA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 30 IBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 FRÍO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Marsh.
- 33 SALLY, LA HIJA DEL CIRCO, por Carol Dempster.
- 34 EL TESORO DE PLATA, por G. O'Brien y E. Dolgy.
- 35 LA CARAVANA DEL ORO, por A. Q. Nilson y L. Barrymore.
- 36 EL MURCHLAUGO, por Jack Pickford.
- 37 EL SOLDADO DESCONOCIDO, por M. de la Motte.
- 38 DOS DADOS ROJOS, por Rod La Rocque.
- 39 IRGULLO DE RAZA, por Carmine Griffith.
- 40 EL GAVILÁN DE LOS MARES, por Milton Sills.
- 41 EL SUEÑO DE UN VALS, por Willy Fritsch.
- 42 TRES HOMBRERES MALOS, por George O'Brien.
- 43 EL ÁGUILA AZUL, por George O'Brien.
- 44 CUANDO SE AMA, por M. de la Motte y Lionel Barrymore.
- 45 ¿POR QUÉ LAS JOVENES DEGRASAN A SU HOMBRE?
- 46 EL BAILARÍN DE MI MUJER, por M. Condu y V. Vorloony.

PRECIO DE CADA TOMO: **60 CÉNTIMOS**